

ENTRE AROMOS E IDENTIDADES FRACTURADAS

Olga Grau D.

Aunque suene a majadería, cabe comenzar mencionando los distintos centrismos que han existido a través de la historia humana, como concepción de la realidad: antropocentrismo, geocentrismo, etnocentrismo, androcentrismo, logocentrismo, falocentrismo. Todos ellos han sido sometidos a crítica, explosionados, desde distintas posiciones filosóficas y científicas, lo que ha significado la alteración de las categorías conceptuales que los sostenían. Sin embargo, los hábitos mentales, y por ende las costumbres, son más lentos en modificarse, los imaginarios y el pensamiento colectivos resisten el paso del tiempo, y quienes reafirman esas concepciones profitan de algún modo de ellas, aunque sea en una forma fantasmagórica o sucedánea.

Los órdenes de pensamiento preceden nuestros ejercicios reflexivos u opinantes, las categorías mentales vigentes van configurando nuestro propio pensamiento, nuestros esquemas mentales, cristalizando en gestos, en lenguaje, en usos sociales. Con relación al lenguaje, vamos descubriendo que las propias palabras nombran tan sólo lo más general, no hay nombres para lo más singular; lo individual sólo puede ser dicho de mejor manera en paráfrasis o metáforas. Los nombres de las cosas están, por decirlo así, también centrados, centrados en un esquema abstracto, descorporeizados. La realidad, en el lenguaje social, queda siempre recortada y reducida a ser llamada por nombres universales, genéricos, como si sólo a través de ellos pudieran quedar las cosas significadas, dotadas de un sentido.

Sin lugar a dudas, en el pensamiento occidental dominante ha existido una lógica racional, gestada y validada filosóficamente, que ha operado según el modelo de la identidad metafísica, donde quedan negadas las diferencias, las especificidades y las singularidades. Ha procedido según el modelo de la clasificación, las taxonomías, las delimitaciones y separaciones. De ese modo, lo individual queda contenido en modelos: los géneros. Las ideas son en sentido estricto suprasensibles, formas abstractas, ficciones imprescindibles que devienen modelos de las cosas, formas primordiales, causas de las cosas mismas (Platón).

Por de pronto, entonces, concebimos, por una parte, el género como genericidad, como universal, como supuesto metafísico. Pero al mismo tiempo, la lengua marca gramaticalmente esta genericidad, asignándole un sentido femenino o masculino o también neutro. No podemos dejar de percibir una

vibración curiosa entre estos dos momentos: genericidad y generidad (lo universal y la adscripción a su especificidad en la generación). Que las cosas, o las ideas, en sus nombres, queden diferenciadas en masculinas o femeninas dependerá de los modos de ver, tocar, sentir, hacer, de una comunidad. Los nombres, los géneros de las cosas son culturales y en el nombrar se fija el ser. De tanto decir, de tanto nombrar de un modo se hace el modo de un ser.

Las personas también tienen un género, una identidad sexuada o sexuación, referente corporal para los sedimentos culturales que se configuran a partir de experiencias primarias que se conservan en el inconsciente colectivo, constituyendo núcleos organizadores fundamentales de las relaciones sociales entre los sexos.

Si bien la generidad se establece sobre el eje de la dicotomía diferencial, la genericidad se remite al horizonte extendido de la diversidad ontológica, diferencia de especie que circunscribe a los individuos según rasgos abstraíbles por semejanza.

Aunque en la vida práctica se hacen muy claras las diferencias no sólo entre los géneros sexuales sino entre los individuos mismos en relación a otros marcos de referencia (clase, raza, edad), la lógica racional masculina pensó la genericidad de lo humano y las diferencias quedaron reducidas al Hombre, al ser humano en general y se habló en nombre de este universal haciéndolo calzar con el varón, con el *anér*. Quienes lo hacían calzar eran hombres, dueños de los símbolos, hacedores de las leyes, poseedores y administradores de la verdad social.

El hecho de que muchos filósofos hayan especulado sobre las propiedades y lugares sociales de mujeres y hombres hace pensar que era una pregunta que debían resolver en algunos momentos de sus disquisiciones. Sin embargo, lo más recurrente es la referencia al universal genérico, a la esencia del ser humano, donde queda reducida toda diferencia.

La reducción de toda diferencia en la genericidad universal, el "todos somos iguales", contiene una discriminación negativa forzada por la razón, ocultando, encubriendo que en el orden material de las cosas se discrimina negativamente a un género de diferencia específica.

Desde cualquier género específico discriminado negativamente, ubicado en una cierta marginalidad o situado periféricamente, se puede cuestionar la lógica de la genericidad e intentar su disolución. Podría, desde ese lugar, llegar a postularse el fin de los géneros gramaticales, el fin de la gramática, el fin de los géneros.

Los géneros han sido siempre los límites supremos de la univocidad (como Aristóteles lo entendía), son las categorías que aseguran el discurso científico. En la univocidad de las categorías restringimos el mismo significado

y sentido de todo aquello que se nombra.

Al cuestionar el género, al postular su carácter ficticio, tal vez utópico por no tener lugar real, al exponer la vulnerabilidad de los constructos abstractos, es el sistema global de la epistemología occidental el que entra en crisis, la lógica categorial.

En las disquisiciones que nos permiten desplegar la consideración de los seres intersexos o donde lo humano como género se fractura corporalmente (mestizos, hermafroditas, homosexuales, lesbianas, bisexuales, travestis, transexuales, andróginos, castos y libertinos, seres mitológicos) es posible fundar otro tipo de lógica que puede llegar a movilizar condicionamientos mentales de mayor plasticidad, que sea capaz de contener, percibir y acoger las diferencias singulares. Ciertamente, no estamos preparados para ello, pero es tiempo de predisponer socialmente un saber de esta índole.

Nuestra lógica categorial tiene límites para pensar lo singular, la proximidad de los opuestos y extremos. El gesto de Marcel Duchamp de ubicar un urinario en una sala de museo, las plumas en la cabeza o una tonsura en forma de estrella, conchuelas de mar o escamas de serpiente en el cuerpo como ropajes culturales, ¿en qué espacio categorial ubicarlos? ¿Qué nombre neutro asignarles? Irrumpen trasgresoramente alterando los géneros universales, hacen vacilar el principio de identidad. Modos trasgresores del ser.

Recuerdo haber tenido una extraña excitación frente a un aromillo costino en el que descubrí entre todas sus hojas la hoja que debiera pertenecer a otro tipo de aroma. Yo los conocía de una u otra clase, separados, muy diferenciados. Pero ahí estaba ése frente a mí, surgido silvestremente, con una hoja que anunciaba las posibles mezclas, hibridaciones, el cruce de los géneros. Testimoniaba la posibilidad de traspasar los límites genéricos y no pude dejar de conectarlo con nuestro deseo de cambios profundos que den cabida a la aceptación de las mezclas sociales, raciales, lingüísticas, de los tránsitos entre las identidades genéricas femenina y masculina.

Es curioso que las mezclas produzcan emociones tan encontradas: rechazo, aversión, fascinación. La mezcla ha sido fuente de fantasías mitológicas: sirenas, centauros, pegasos, unicornios, andróginos, fuentes de creación poética, espacio de libertad para la imaginación. En la realidad humana también han existido mezclas que han sido resistidas, consideradas contra natura y, por tanto, vistas como deformaciones y monstruosidades.

La aversión, todavía masiva, que muchos sienten hacia la persona que no aparece absolutamente determinada como mujer o como hombre estereotipado, tanto en su aspecto físico como en aquello que socialmente se espera de ambos géneros, esa aversión, digo, tiene su fundamento en un modo de pensar, al que se le ha llamado racional, cual es el de la lógica de la identidad. La aversión

puede incluso cobrar relieves extremos en el deseo de exterminio que es posible encontrar en quienes quieren poner las cosas en orden.

Como contrapuesta a la aversión me aparece la figura de Jesús, conteniendo toda la singularidad de los individuos, disolviéndose en el contacto de los que quieren sentir su legítimo lugar en el mundo, de las víctimas de distribuciones injustas, de los cuerpos enfermos rechazados y dolientes, del estrecho de entendimiento. Figura sin límite que no rechaza a la que expone su mayor comercio corporal, porque también es él un cuerpo disponible, territorio para los demás y para mandatos divinos, corpus de la pasión.

Una experiencia humana que produce todavía rechazo, pese a que los medios de comunicación hacen circular frecuentemente una prolífica puesta en escena de la corporalidad que anima a esa experiencia haciéndola de algún modo más familiar, es la relativa a los travestis. En esa misma experiencia podemos encontrar las vacilaciones de definición de identidad, de la adscripción a un género preciso, por parte de los sujetos travestidos. Es lo que nos dicen algunos travestis: que los gestos de mujer no se aprenden, son innatos y, por tanto, no es cosa sólo del vestido, de la cosmética, de la impostación y, pareciera ser, que esto viene más bien a colaborar, no tanto con la performance, sino con el mostrar la auténtica naturaleza; en otros, puede reconocerse una percepción de mayor profundidad de la ambivalencia que domina esta experiencia, y el espejo no oculta la doble condición haciendo saber que el maquillaje no logra cambiar completamente una fisonomía, un aspecto, que se quiere mujer y que no logra serlo. En ambos casos es lo femenino lo que se busca como forma de subjetivación, lo que constituye identidad, lo que produce un goce y permite un excesivo modo de ser. También, se encuentra otra forma de ser travesti, como estrategia de sobrevivencia, como modo de vida, donde no gusta el vestido y se simula la feminidad, sin tener deseo de serla.

Se nos muestra, por tanto, que el travestismo es polimorfo y no puede aprehenderse en un solo sentido. Sin embargo, en sus distintas formas de desplegarse, el travesti opera transgresoramente sobre una superficie, genera perspectivas ilusorias y engañosas, un trompe d'oeil que compite con lo femenino pudiendo llevarlo incluso a su extremo y que, por ello, en su carácter ideal, puede llegar a ser perfecto, más aun si las facciones ayudan. Vive bordeando los límites, jugando con los órdenes simbólicos y con las materialidades de los cuerpos, abriendo el espacio identitario de lo posible, desde la fractura, el quiebre de la articulación de los géneros dicotomizados.

Esta experiencias nos plantean el problema de si pueden ser recogidas en una episteme que sea capaz de dar cuenta del exceso o la pérdida, o el exceso y la pérdida que están contenidas en ellas. De qué manera la ciencia, la filosofía, deviene literatura, solo relato, cuando intenta aprehender lo más singular de lo

puesto delante de nosotros. Tal vez la episteme sólo es posible en una suerte de olvido de lo singular, de una imposibilidad de pensar lo singular en las estructuras mentales que poseemos.

En ese sentido esta pregunta está situada de alguna manera en las antípodas kantianas. Para Kant el problema era la imposibilidad de pensar el nómeno, lo esencial, desde la razón, y su filosofía crítica se propone determinar los límites de inteligibilidad de la razón que solo puede conocer los fenómenos a partir del ordenamiento de las intuiciones en conformidad con las categorías.

Aquí la pregunta es cómo pensar lo singular en lo que más tiene de resistente a la inclusión en un género. Cómo desarrollar un pensamiento que esté más apegado a la percepción sensible y afectado por lo afectivo que al discurso categorial. Cómo intentar una epistemología del singular. La pregunta es, entonces, una pregunta por la posibilidad misma de esa epistemología. La pienso como una episteme enrarecida, en medio de lo raro, de lo confuso, no evitándolo, sino como punto de partida o de permanente referencia. No expurgar la experiencia, no blanquearla. Más bien liberar su fuerza inquietante, inabsorbible dentro de las categorías, dentro de la pulsión por sus circunscripción en géneros. Difícil operación en medio de lo que podríamos llamar el aun vigente imperio de lo taxonómico, del dominio de la pulsión de la razón categorial, que hace ilegible lo inteligible.

Dentro de las operaciones contemporáneas de destrucción de la metafísica se ha alterado de algún modo la lógica categorial, pero sin embargo quedamos aun atrapados en su inercia. Desde el feminismo intentamos hacer ese desmontaje, deconstruyendo la lógica categorial sexual, mirando hacia las identidades sexuales disidentes, que disienten de los géneros masculino y femenino.

Marta Lamas propuso pensar estas figuras temblorosas, en mi modo de nombrarlas, desde otro género, un tercer género junto al género femenino y masculino. Sin embargo, en ese intento teórico, creo ver un gesto nuevamente de circunscribir, de afirmar una voluntad por una episteme des-enrarecida, descontaminada. En un diálogo con Buttler y Soper, Lamas disiente de ellas al postular que estamos lejos de vivir las condiciones posgenéricas que plantean estas teóricas. De todos modos, cree que es posible que no nos tome mucho tiempo «poder valorar si este tipo de reflexión utópica tiene eficacia simbólica para la lucha política y para el establecimiento de una nueva ética».

Es interesante que Kate Soper plantee una perspectiva «in-diferente» al género, que podemos entender como una receptividad a la diferencia que no hace diferencia, que no resiste a la peculiaridad de lo singular. Soper utiliza el término de «diferencia proliferante» para pensar una sociedad donde solo habrá

«cuerpos y placeres». Consciente de la dificultad para pensar conceptualmente este modo de vivir la sociedad, ésta queda referida al espacio de la sociedad utópica. Afirma Soper:

«Deseamos, creo, ir más allá de esta constante conciencia de género, por la razón ulterior de que solo así nuestra cultura se irá haciendo más indiferente a relaciones sexuales que no son heterosexuales».

En Judith Butler, que tiene como referentes teóricos las reflexiones de Kristeva e Irigaray encontramos pensamientos provocadores para pensar críticamente la idea de identidad de género. Un concepto utilizado por ella es el de «prácticas paradójicas» que resignifican subversiva y proliferantemente las categorías corporales en un tono utópico.

A partir de las particularidades subversivas que mencionamos más arriba y que llamábamos figuras temblorosas, es todavía posible reconocer el empeño de la operación categorial de la razón, de ordenamiento en géneros sexuales. ¿Cómo sustraerse a estas operatorias en la medida que reconocemos su debilidad? ¿Cómo situarnos en las zonas de lo indecible, en palabras de Derrida?

Anterior a la pregunta por la disciplinabilidad, que puede haber radicalizado sus efectos críticos en el pensamiento moderno y contemporáneo, cabe la pregunta por esta lógica que de algún modo se inspira en la represión de los problemas que percibió el mismo Platón al elaborar su teoría de las ideas. Aristóteles, su discípulo, reconoce el valor epistémico de la experiencia, pero sin embargo le reserva un lugar de mayor precariedad respecto del pensamiento metafísico.

Los griegos percibían muy bien los problemas tremendos para pensar lo real y dominaron más en la historia del pensamiento occidental los deseos políticos de construir institucionalidad, poderes sistémicos de instalación de los ordenamientos discursivos y prácticos, que el reconocimiento de una vacilación fundamental en todo. Platón, luchando por la afirmación del sistema obliga a lo sensorial, al cuerpo, a la realidad de las circunstancias y del azar a dejar el habla, el logos, a la idea, como permanente, fija, inteligible en su descontaminación. La pureza epistémica.

A través de la historia de la ciencia y del conocimiento, ha habido siempre lo que Foucault ha llamado lo teratológico, es decir, lo que en su calidad de monstruoso, de deformidad, en lo que tiene de disrupción lógica, altera el orden del discurso.

La categoría de género sexual podríamos considerarla un teratos que desordena el discurso esencialista o monocorde e interviene muchas de las categorías o núcleos conceptuales del discurso disciplinar, pero a riesgo de constituir otro discurso categorial que constriñe, expulsa la singularidad de la

experiencia humana. Aunque llevemos la posibilidad del decir a niveles infinitesimales, en la propuesta cognoscitiva de Leibniz, siempre es posible reconocer el lazo epistemológico de la inclusión, de la pertenencia a un campo de mayor generalidad, de reconocimiento de las semejanzas que una cosa guarda con la otra y el reconocimiento de su constitución particular a partir de su diferenciación con respecto a otro campo de cosas.

Las categorías de la razón obligan a una marginación de ciertos problemas que plantean determinadas singularidades, a una territorialización en otra tierra, exilio y expatriación epistémica. Quedan liberados como para no poner en jaque el sistema de las inclusiones progresivas, de controles, de fronteras, de bordes separadores, de figuras sometidas al orden de los géneros.

Este ensayo reflexivo afirma la riqueza de lo múltiple, de aquellas realidades fracturadas, realidades de cruces e intersecciones entre los géneros que hacen posible los tránsitos, los movimientos de una identidad a otra. Después de siglos en que nos hemos regido por el principio de la identidad y la diferenciación, tal vez debemos ensayar actitudes mentales que hagan posible pensar figuras en que destellen haces de posibilidades, emitiendo señales de movimientos variados, de modificaciones permanentes. Vencer el miedo a pensar por sí misma la singularidad, a sentir el vértigo de no poder fácilmente insertar aquello singular en un orden genérico. Reconocer la fuerza de los individuos, su necesidad, aun en su carácter efímero, en cuanto momentos irrepetibles. Dar lugar a su despliegue singular. Dejar ser.

Olga Grau: Profesora de Filosofía en el Departamento de Filosofía y el Centro en el Centro de Estudios de Género y Cultura en América Latina. Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile.